

CAPITULO DECIMOCUARTO.

EL REVERSO DE LA MEDALLA.

I.

Estamos del otro lado del Océano.

El vigía de San Nazario avisa que el vapor "Emperatriz Eugenia" está á la vista.

Es el 9 de Agosto de 866.

A las dos horas anunciaba el telégrafo al hombre de las Tullerías, que Carlota de Austria, emperatriz de México, desembarcaba en las playas europeas.

La desgraciada princesa llegaba en los momentos supremos de la crisis.

Su voz no podía oírse entre el estruendo de las armas.

El Austria arriaba sus banderas en la derrota de Sadowa.

La Prusia adelantaba con sus *fusiles de aguja*, y el señor de Cerdeña era dueño de la Lombardía.

La Italia estaba en la hora de la resurrección.

El conde de Bismark había tratado á Napoleón III de una manera tan inconveniente cuanto despótica, cuando el Austria buscó un refugio en la hora de la catástrofe de Sadowa entregando el Veneto á la Francia.

La Prusia le *mandó* á Napoleón que retirase todas sus pretensiones si no quería entrar en el terreno de las armas.

Napoleón, *en obsequio* de la paz de Europa, y en honra del fusil de aguja, accedió á la petición y abjuró para siempre de ensanchar sus fronteras, y hasta se olvidó de esa corriente impetuosa que se marca con el nombre de el "Rhin" en las cartas geográficas.

La Prusia tomó el cetro de las dinastías europeas al romper la cadena de la confederación germánica; y al arrojar al Austria mutilada en el abismo de la nulidad, entre las potencias de segundo orden.

¡Pobre nación! Entró en el botín de la Polonia; ayudó á forjar las cadenas de un pueblo, á ahogar una nacionalidad; y su cómplice la Prusia se volvía contra ella, le arrancaba los Ducados, y regalaba el Cuadrilátero á la joven Italia.

¡Pobre nación! sólo le quedaba en su hundimiento el recuerdo de su combate de Lissa en que sus águilas triunfantes se circunieron vencedoras sobre la escuadra de Víctor Manuel.

José II cree que nada tiene que envidiar á Nelson en el memorable combate de Trafalgar, ni al bastardo Carlos V en el día de Lepanto.

El Austria estaba decapitada.

Muerta moralmente, tendría la duración de un cadáver.

El pueblo pedía en una asomada patriótica la abdicación de José II.

Entraba en eclipse la estrella de la casa de Hapsburgo.

La Prusia arrojaba sus corceles sobre aquel país de conquista, mientras que su antigua aliada pedía trémula y convulsa un armisticio para volver en sí de su terror.

Napoleón III cedía al impulso gigante de esa mano que le había herido el rostro, y se refugiaba cobarde y rencoroso en esas fronteras que la Prusia ha vuelto de hierro y de granito.

La Europa entera se callaba cuando el acento de Bismark se dejaba oír en el continente.

Ya en otra vez Napoleón III había abandonado con precipitación los campos de Solferino, solo al oír los preparativos de la Prusia, y firmado violentamente la paz de Villafranca.

II.

La emperatriz Carlota llamaría en vano á las puertas europeas. En aquel turbión de acontecimientos en que sólo se alzaba una cabeza con los laureles de la victoria, los derrotados no podrían escuchar las súplicas de aquella voz delicada, en medio de las derrotas guerrera y diplomática.

Nada podrían darla porque nada tenían.

Ocupadas la Francia y el Austria en su situación angustiada, de silencio y vergüenza, se habían olvidado del imperio mexicano y de ese Vesubio que amenazaba tragarse el trono de Maximiliano I.

¡Pobre emperatriz! de nada le servía ese arrojito de las heroínas, y aquel genio desconocido en los tiempos modernos.

Carlota comprendió el terreno en que se posaba, y se apresuró á sostener el último combate, la lucha de la desesperación.

Quería arrancar de la Francia la concesión de prolongar la salida de las fuerzas del territorio mexicano; de alistar en sus banderas á los soldados cumplidos; prorrogar los plazos de la deuda, y hacerse del material de guerra del ejército expedicionario.

Ignoraba la joven archiduquesa que el ministro de los Estados-Unidos no cesaba de molestar á Napoleón con su insistencia sobre la retirada, y aún había indicado que se llevasen consigo aquel trono implantado en el terreno republicano.

Carlota necesitaba recursos, y se proponía pasar á Bélgica en pos de su herencia para aventurarla en la lucha, y en cuanto á los voluntarios austriacos, comprendió que toda existencia era infructosa.

III.

Cuando la emperatriz llegó á San Nazario, ya el *Herald* de Nueva York había anunciado su viaje á Francia y la legación mexicana estaba en el puerto en espera de su soberana.

En la estación del ferrocarril de París se hallaba el príncipe Iturbide, Gutiérrez Estrada, Almonte y su señora. Todos acompañaron á S. M. al Gran Hotel, donde por disposición suya había sido preparado alojamiento para ella y su comitiva.

El embajador de Austria acudió inmediatamente á saludar á la emperatriz á nombre de sus soberanos.

Momentos después se presentaron dos ayudantes del emperador de los Franceses, quien se hallaba enfermo, á saludar á la joven Carlota de Austria, excusando á S. M.

Al día siguiente, la emperatriz Eugenia, ostentando un séquito deslumbrador, se presentó en el Gran Hotel á hacer una visita de etiqueta á la augusta esposa de Maximiliano.

Carlota pasó al siguiente día á pagar la visita á Eugenia. La archiduquesa no tenía séquito que llevar á Saint-Cloud lo que comenzó á molestarla en su orgullo.

Dos años antes la había hospedado en un palacio la corte de Francia, hoy la dejaban en el Gran Hotel, afectando que la imperial viajera se rehusaba á recibir el alojamiento en el palacio.

Luego que se supo el objeto del viaje de Carlota, se reunió en Saint Cloud, bajo la presidencia del emperador, la junta de Ministros.

IV

El día 14 de Agosto, los secretarios de guerra y hacienda tuvieron una larga conferencia con la emperatriz; nada pudieron arreglar, porque las proposiciones de Carlota sólo podía resolverlas el emperador Napoleón.

El anuncio de S. S. y otros personajes de importancia, fueron recibidos ese mismo día por la princesa.

La joven se hallaba toda absorta en sus planes de nego-

ciación; vivía en un departamento del Hotel, entregada á los negocios; el sueño había huido de sus párpados, y la fiebre comenzaba á apoderarse de su cerebro exaltado por tanta contrariedad.

Esperaba con ansia el momento de hablar personalmente con Napoleón III sin necesidad de intermediarios; quería hallarse frente á frente de aquel hombre que asumía toda la responsabilidad de los sucesos, y que debía resolver la crisis que amagaba, ó más bien dicho, de que era presa el imperio mexicano.

Napoleón se había excusado hasta donde le había sido posible; pero al ver la actitud de Carlota, que había determinado esperarle hasta su restablecimiento, se decidió á tener una entrevista con aquella mujer excepcional que desafiaba de una manera tan heroica la adversidad.

Napoleón se sentía pequeño delante de aquella alma sublime y generosa.

V.

El 23 de Agosto de 866, á las cuatro de la tarde de ese memorable día, Napoleón III se hallaba en el salón de la embajada en una importante conferencia con Carlota de Austria, emperatriz de México.

El sucesor de Cavainac es un hombre de baja estatura, ancho de espaldas, el pecho prominente; sobre un cuello algo corto se levanta una cabeza bien organizada; la frente es ancha y despejada.

Al pelo que cubre aquella cabeza, le ha arrebatado la pintura, la elegancia y respetabilidad de las canas; lo mismo acontece al bigote, que es poblado y retorcido en las guías.

Los ojos que son el espejo del alma, están vidriados, parece que un espíritu de la noche está asomado á aquellos opacos cristales.

La nariz es prominente y los labios gruesos.

Cuando se le ve pasearse en los jardines de las Tullerías ó de Vincennes, se le encuentra vulgar, descansando medio cuerpo arrogante en unas piernas raquílicas que tienen por base unos pies anchos y deformes.

Napoleón III luciría como una estatua ecuestre.

No obstante, aquella máquina vieja ha revuelto á la Europa.

Napoleón III ha tenido grandes sufrimientos en la política, ha padecido en las prisiones y en el destierro, sus tentativas han sido audaces cuanto infructuosas.

Proclamada la república francesa, se sentó en el congreso nacional, fingióse demócrata y republicano, se filió en el partido avanzado, y merced á su nombre y á las intrigas, escaló la silla presidencial.

El 2 de Diciembre de 52 dió su golpe de Estado, proscribió á los hombres más eminentes de la Francia, ametralló á los patriotas y se ciñó la corona de Napoleón I, con beneplácito del pueblo francés que se descubre la frente delante de sus reyes y tiene una sonrisa desdeñosa para la república.

Parece que con los hombres de 63 se hundieron el valor y el heroísmo de aquel pueblo, un día arrebatado por la palabra mágica de Mirabeau y de Dantón, y llevado hasta el vértigo al son entusiasta de la Marsellesa.

Napoleón ha llevado á locas expediciones la bandera de la Francia.

Desató la guerra contra la Rusia, llevó á ese campo á la Inglaterra y á la Turquía, y diezmado su ejército en la toma de un puesto avanzado de esa nación gigante, tornó á París dejando en peor estado la cuestión de la Sublime Puerta.

Emprendió la lucha contra el Austria, después de haber hecho subir al cadalso á Pierri y á Orsini, mártires de la Italia.

Estuvo próximo á caer prisionero en Solferino, y volvió en precipitada fuga á las Tullerías, despreciado de su ejército y muerto para la gloria militar.

En la derrota del Austria por las invencibles armas de la Prusia, quiso dar un golpe de alta política reteniendo el Veneto, que soltó espantado al mandato altanero de Bismark.

Su célebre expedición á México había hecho un fiasco solemne, Johnson trató á Napoleón como á un lacayo ordenándole la retirada de su ejército.

Más le valiera al César de la Francia para honra de su nación, que la majestad de Napoleón III hubiera aceptado una guerra con los Estados Unidos, para que al menos pudiera decir como Francisco I en lo catástrofe de Pavía: *"Todo se ha perdido menos el honor."*

En la cuestión de México nada ha quedado por perderse.

VI.

En aquellos momentos Napoleón III pasaba mucho de angustia y vergüenza al hallarse en presencia de Carlota de Austria.

La princesa imponía con su desgracia á aquel hombre que siempre había vacilado en las horas de crisis y cuando la revolución amenazaba devorarse al trono.

—Señora, decía Luz Bonaparte, ¿qué espíritu puede prever las vicisitudes humanas? Hace tres años, en este mismo recinto, hablábamos del porvenir lleno de esperanzas; hoy nos reunimos por la última vez para seguir cada uno el camino que le depara la Providencia. A pesar de todo, creo que no estará descontenta V. M. de la nación francesa.

—V. M., dijo un tanto alterada la emperatriz, nos abandona en la hora suprema, la nación francesa está acaso más comprometida que nuestra personalidad.

—El pueblo francés ha hecho cuanto ha estado en su esfuerzo, ha derramado su sangre en los campos de América, sin otro interés que el de la civilización.

—Permítame V. M. decirle, que mi angusto esposo fué propuesto por la Francia, que asumió desde entonces toda la responsabilidad de sostener el imperio hasta su establecimiento.

—La Francia confiaba en que durante la ocupación, el gobierno de V. M. levantaría un ejército respetable y tendría arreglada la hacienda nacional para las emergencias que debían presentarse al regreso de nuestra bandera.

—El mariscal Bazaine, siempre hostil, se ha opuesto á la formación de ese ejército, lo ha desarmado dando un rudo golpe á su prestigio; nada podemos hacer en estos momentos.

—Seguramente que el mariscal se ha separado en esto de las instrucciones del gobierno.

—V. M. sabe que nos deja entregados á la hoguera de la revolución que crece y se ensancha cada día.

—Las complicaciones diplomáticas vienen en mala hora á poner á la Francia en la imposibilidad de seguir en esta liga. V. M. comprenderá, que amenazada la paz de Europa, es decir rota é interrumpida, la Francia necesita concentrar su ejército todo para los eventos de una próxima guerra. Además, que nuestro ejército ha prolongado un año más su permanencia en América contra el tenor de las últimas estipulaciones, las cuales no ha sido posible cumplir, porque el tesoro francés ha seguido haciendo todos los gastos.

—El dinero del empréstito ha entrado en las arcas de Francia, dijo Carlota enrojeciéndosele el rostro.

—Los gastos de la guerra, prosiguió impasible Luis Napoleón, debían cubrirse de antemano y aun nos queda un saldo que esperó lo cerrarán los productos de las aduanas.

Carlota pasó su mano por su limpia frente.

—Estoy tranquilo en mi conciencia, he caminado con paso firme á pesar de esa tormenta que se ha levantado en los cá-

maras y el disgusto que existe en el mismo seno del gabinete nada me ha detenido, nada.

—¡Pero nuestra situación es horrible! dijo la emperatriz.

—Yo la deploro más que V. M.

—Señor, en nombre del cielo, yo os conjuro á que no nos abandonéis.

—Si yo pudiera ceder, respondió agitado Luis Napoleón, á mis simpatías, desafiaría al porvenir; pero el pueblo francés no halla objeto en América, este pueblo es ambicioso de gloria y no ha encontrado sino simpatías, no hay un agravio que ponerle delante para despertar su entusiasmo ni decidirlo á derramar su sangre; por el contrario, el está contrariado y la guerra es impopular.

—Todo eso existía antes de emprender la expedición, observó Carlota.

—Es cierto; pero yo creía al mismo tiempo que con un imperio en México podríamos neutralizar esa fuerza que se desarrolla por momentos en los Estados Unidos, aproveché precisamente la hora de su conflicto, y confieso á V. M. que como todos los hombres de Estado de Europa, he sufrido un desengaño.

—Nosotros somos las víctimas de esa equivocación.

—Perdone V. M., yo creo que el pueblo mexicano que os respeta y os ama, sostendrá á sus soberanos cumpliendo el más sagrado de sus deberes.

—Dejad vuestro ejército dos años más.

—Me es imposible.

—Aplazad el pago de la deuda.

—En la cámara se me acusará de inacción y despilfarro.

—Permitid que se alistén en nuestras banderas los soldados cumplidos de vuestro ejército.

—Son libres perdiendo su calidad de ciudadanos franceses.

—¡Nadal exclamó Carlota de Austria.

—V. M. está al acance de la situación, yo no debo encarcerla.

—¡Pero esto es una ingratitud horrible!

—V. M. me trata con injusticia. V. M. que ha sido testigo de cuanto ha pasado en este negocio, sabrá apreciar mis sentimientos y los del pueblo francés.

—Hablemos claro, dijo Carlota, levantando un tanto la voz; V. M. no quiere comprometerse con los Estados Unidos.

—Pudiera ser, y si V. M. estuviese en el trono de Francia ¿no obraría con identidad en este caso?

—Yo nunca pospondría mi honor en una cuestión diplomática.

Enrojose el semblante de Napoleón III, nunca había oído expresiones tan ofensivas, ni creía que nadie pudiera pronunciarlas en su presencia.

—Acaso, dijo la emperatriz serenándose, haya dicho algo inconveniente, yo pido mil excusas á V. M.

Napoleón comprendió que la angustia extraviaba á la infeliz archiduquesa.

—Aun es tiempo, si la revolución es tan terrible, de V. M. y su augusto esposo dejen aquel país condenado á la anarquía y á la disolución.

—¡Nunca! gritó la emperatriz, V. M. comprende el ridículo espantoso que nos amenaza con un paso tan inconveniente; nosotros arrostraremos todo antes que ceder el terreno á nuestros enemigos.

—Quédame el consuelo de haber cumplido con un deber al permitirme dar un consejo á V. M. Yo también estoy afectado profundamente en esta crisis imposible de resolver: pero la voluntad de la Francia es el Norte de mis acciones; más tarde.....

Aquella frialdad ante ese abismo en que se derrumbaba un trono levantado por su misma mano; aquella serenidad ante el cadalso de la derrota y en presencia de la víctima, despertó en el cerebro de Carlota uno de esos vértigos que le acometían cuando la contrariedad desataba las tempestades en el mar agitado de su pecho.

—La calma de V. M. me revela que no debemos alimentar esperanza alguna, la Francia desata sus compromisos, nos abandona, deserta á la hora del peligro.

Napoleón comprendió que pasaba algo en el cerebro de la joven y trató de calmarla.

—V. M. es injusta, dijo el César, voy á abrir las puertas de mi corazón y á franquearle mis secretos.

—Ya escucho á V. M.

—La Europa me acecha, se arma á toda prisa, y la Santa Alianza puede reanudarse impulsada por el odio que abriga contra la Francia. Yo se combatir, pero desconfío del éxito. V. M. conoce la humillación por la que me ha hecho pasar Federico Guillermo en la cuestión de la Lombardía.

—Es cierto, dijo tristemente la emperatriz.

La bandera de la Francia nunca ha retrocedido; si cayeron en Waterloo heridas las águilas imperiales, yo las he tornado á levantar y las he conducido victoriosas en Rusia, en Italia, en Austria, en América y en China!

—Es verdad, es verdad.

—¡Carlota de Austria, prosiguió exaltado..... Luis Napoleón, la hora de la decadencia ha llegado, la tempestad amenaza la existencia de la Francia..... Los Estados Unidos me espantan yo he viajado proscritos por aquel país de gigantes, quise en mala hora ayudar á la confederación para borrar el *nec piuribus unum* de la frente de esta nación. Conozco que he delirado, ¡pero el delirio ha sido sangriento y espantoso!..... Perdón, señor! yo os he arrojado á esas apartadas regiones de

América, y ahora soy impotente para salvaros! Obedezco á un destino irresistible, volved el rostro á los puntos todos del globo: enemistades, rencores, odiosidades, promesas de venganza, y todo, todo contra mí, todo contra Napoleón III!

Luis Napoleón tenía la mirada torva y un temblor agitado todos sus miembros.

—Sí, prosiguió poseído de amargura, se cree yo decido los destinos de la Europa, y soy el monarca más desgraciado. Arrostrado por la Inglaterra y por la España que entró incautamente en la Convención de Londres, tomé á mi cargo la cuestión de México, para sufrir solo tambien la derrota y el ridículo!.....La cámara me acusa, el pueblo me maldice y el ejército sufre en silencio al ver diezmados á su compañeros bajo la bandera de Francia, que defiende una causa extraña y antipática para él.

La archiduquesa veía humillado á aquel hombre, comprendía lo terrible de su situación y lo compadecía.

—Pondré, continuó el emperador, algunos obstáculos para la retirada del ejército, probaré si faltando al primer plazo, encuentro tolerancia en los Estados Unidos; y en ese tiempo levántad un ejército, alistad cuanto extranjero llegue á las playas mexicanas, yo protegeré la inmigración, alargaré los plazos de la deuda y haré cuanto esté á mi arbitrio por aliviar á V. M. del peligro que amenaza la monarquía.

—Las clases todas de aquellas sociedades están rebeladas.

—Le queda al gobierno de V. M. dos caminos; ó la derogación de esas leyes de reforma y aceptar en un todo la política reaccionaria, ó marchar á Roma en pos del concordato, acaso Su Santidad acceda á la petición de V. M.

—Iré á Roma, aun nos queda tiempo de que disponer; pero los recursos escasean de día en día.

—Ya que jugáis en esta empresa todo el porvenir de V. M. pedid al conde de Flandes vuestro patrimonio; cinco millones de pesos pueden salvar á V. M. de la crisis que amenaza al imperio.

—Avisaré á mi hermano que esté en Roma á mi llegada.

—Señora, el cielo os guíe.

—Ruegue V. M. por el éxito de mis negociaciones.

Levantóse la infortunada archiduquesa y tendió la mano á Napoleón III, que la besó respetuosamente.

VII.

Al día siguiente la emperatriz de México abandonaba la capital de Francia, después de su última entrevista con el emperador.

— La pequeña comitiva que la acompañaba no pudo menos de recordar en silencio, todo aquel esplendor y atavío que la corte de Francia había desplegado cuando los archiduques iban de viaje para la América,

¡Contraste singular!

Entonces todas esperanzas, ilusiones, sueños, porvenir coronado de flores, horizontes sonrosados!.....

El astro del imperio cambiaba á su ocaso y todo se envolvía en las sombras de una noche eterna.

VIII.

El 21 de Agosto abandonó París la archiduquesa y se alejó en dirección á Miramar.

He aquí los telegramas que determinan su tránsito hasta Venecia:

“Milán 26.

La emperatriz de México llegó á esta ciudad. El prefecto y el alcalde salieron á cumplimentarla á la estación del ferrocarril.

“Padua 29.

La emperatriz ha sido recibida en la estación férrea de Venzio por el príncipe Humberto y las autoridades del país.

La emperatriz ha continuado su viaje á Miramar.

Dícese que piensa pasar á Roma con el objeto de tratar con el gobierno pontificio sobre algunos puntos del Concordato Mexicano.

IX.

A consecuencia de la guerra de Italia algunos puentes del camino de fierro habían sido destruidos, lo que impidió seguir su viaje por tierra á la emperatriz.

Tomó pasaje en el *Neptuno*, y al avistarse en el puerto de Trieste fué saludada por la escuadra vencedora de Lisa.

El rey de Italia y el emperador de Austria habían rendido un homenaje de galantería á la joven emperatriz!

Carlota había pasado entre los dos beligerantes como una nave empavesada entre dos escollos!

